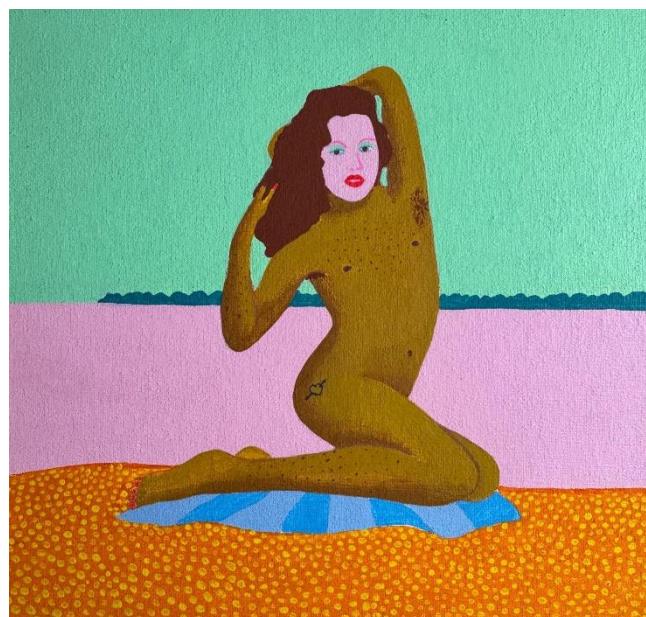


César Bernardi¹

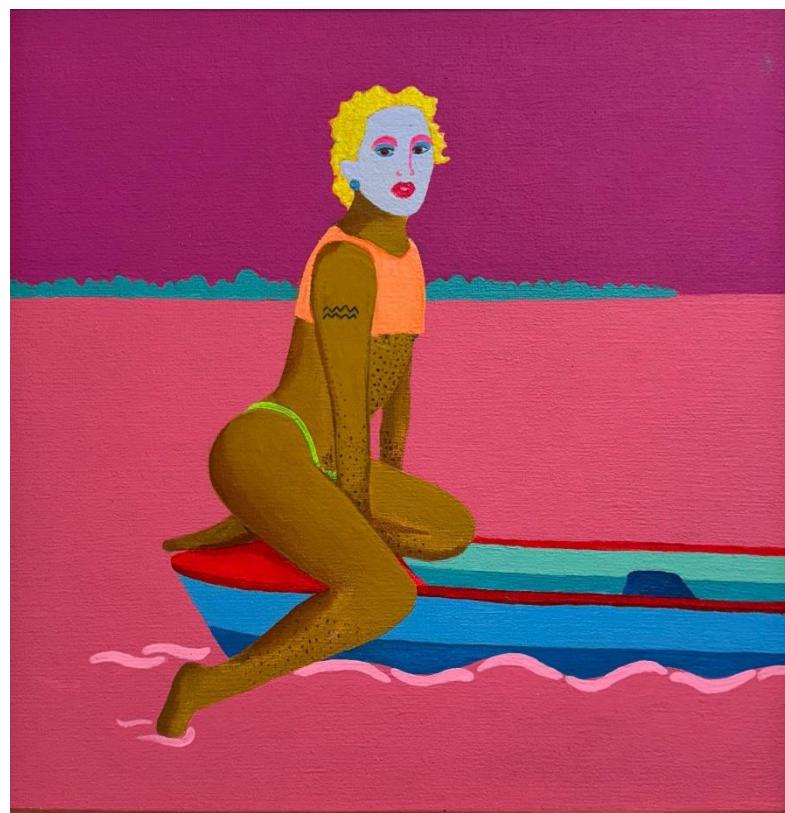
A partir de la identidad y la pertenencia describe el entorno natural y cultural del río Paraná a la altura de su ciudad natal La Paz, en el norte de la provincia de Entre Ríos. Habla desde y sobre el lenguaje del río, narra un río subjetivo, un río rosado lleno de seres vibrantes no binarios, aborígenes chaná y pescadores que forman parte del recuerdo de su infancia. Combina raíces populares y mirada ingenua al exponer una trama de memorias fluviales disidentes. Se expresa mediante la pintura, la cerámica y la escritura. Ha realizado muestras individuales y colectivas en Argentina y México. Participó de salones y ferias de arte contemporáneo. Obtuvo premios adquisición con obras que forman parte del patrimonio de museos en Entre Ríos y Santa Fe. Pasó a integrar la colección del Museo de Arte Contemporáneo de Corrientes mediante adquisición en el marco de arteBA 2025. Fue integrante de la "La Portland": plataforma de arte contemporáneo entrerriano. Actualmente es parte del staff de artistas de Diego Obligado Galería de Arte de Rosario.

A continuación, presentamos su obra, parte de la Serie titulada “El reflejo del río”
(Técnica: Acrílico sobre tela):

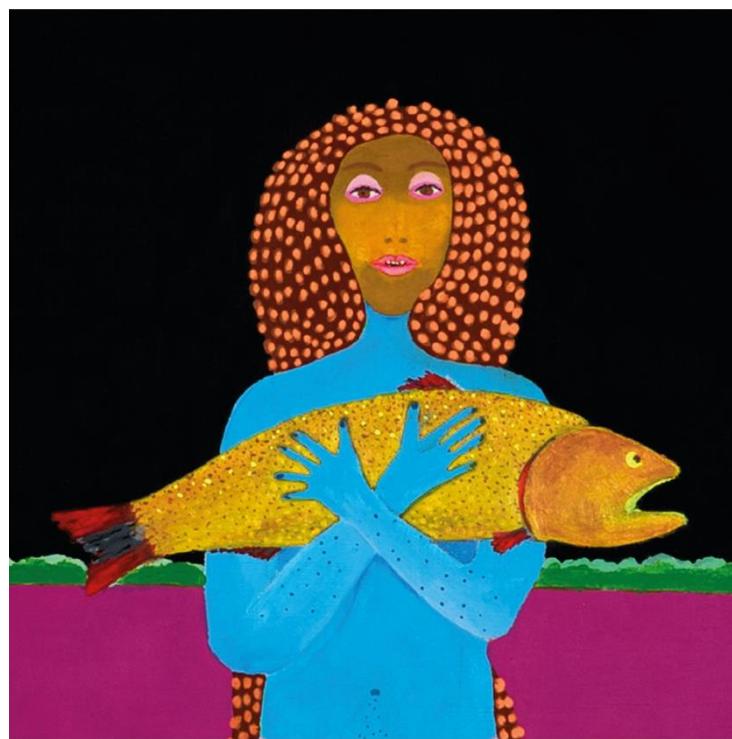


¹ La Paz, Entre Ríos, 1972.
Mail de contacto: bernardi1972@hotmail.com











Cuarenta Naipes
Revista de Cultura y Literatura
Año 7 | N° 13

CÉSAR BERNARDI

EL DESAGRADECIDO



Bernardi, César

El desagradecido / César Bernardi. - 1a ed. - Paraná : Lucas Ariel Mercado, 2023.
46 p. ; 20 x 13 cm.

ISBN 978-987-88-9118-7

1. Literatura. 2. Novelas. I. Título. CDD A863

Corrección: Lautaro Maidana



Azogue Libros www.azogue.com.ar / azoguelibros@gmail.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares de *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático

EL DESAGRADECIDO

Prólogo

El desagradecido describe los distintos ríos que caben en un mismo río, el Paraná: el que se observa desde arriba, desde la ciudad de La Paz, y el que se habita desde abajo, con los pies en el barro, desde la Bajada de la Cruz, desde la costa y el rancherío, ese río que huele a camalote y a tripa de pescado.

En este relato, César entreteje historias y personajes atravesados por una fluvialidad donde las disidencias sexo-genéricas se intersectan con las desigualdades sociales. A través de la yuxtaposición de experiencias soterradas —entre ellas, la suya— va componiendo un horizonte espacial y temporal donde la caridad cristiana convive con la hipocresía, la tanga trans desagrada al cura y erotiza al comisario y la protección de la virgen de Lourdes se mixtura con las violencias policiales y las predicciones del pueblo chaná, habitantes nativos de la otra orilla del Paraná.

César habla desde y sobre el lenguaje del río. Narra un río subjetivo, su río. Un río habitado por —y habitante de— memorias subterráneas e identidades subalternizadas, la de los putos, las putas y las trans de la ribera paceña. Sus memorias no dejan de retornar, de irrumpir. Vuelven con insistencia, una y otra vez, bajo formas diversas y difusas. Finalmente, encuentran palabras, imágenes, sonidos, olores, colores y gestos para expresarse. Logran trascender lo indecible y cristalizar en una trama de memorias fluviales disidentes.

El paisaje que se narra es uno y muchos a la vez. Es el río de la infancia de César, el que compartió con su abuela y el mismo que lo distancia de su madre. Es el río donde se besa con Danilo y donde rema y pesca con la Noya (o la Claudia), su amiga trans, espinelera, canoera, empleada doméstica y hechicera. Es el río de las abuelas que crían a un nieto gay y a una nieta trans, mientras la sociedad las y los observa con mirada inquisidora y despectiva. Es la ribera de las predicciones, de los gualichos, de las complicidades, de los afectos, de las

solidaridades, de las procesiones y rituales, de la luna nueva que lo iluminará todo, pero también es el paraje de las discriminaciones, de los clientelismos, de las despedidas injustas y las traiciones o incomprensiones.

César viene expresando estas experiencias flu- viales a través de las artes visuales, apostando al poder performativo y al carácter sensible de la imagen. Ahora, en *El desagradecido*, se habilita a otras conjunciones: sus imágenes pictóricas, que han cobrado derivas disímiles, que han ido acompañando sus procesos de subjetivación, entran en un diálogo imaginario con el potencial poético de la palabra, logrando activarse mutuamente.

Desde una narrativa frontal y despojada, eminentemente visual y táctil, César decide habitar con su palabra el río marica, el río trans. Habla de experiencias y existencias que no son sólo suyas. Colectiviza afectos y eroticidades. Y emprende el vuelo, aun sabiendo que el desafío que le espera es tan laberíntico y denso como lo es el Paraná.

Ana Laura Alonso

I

LA NOYA

El río trajo de todo, ramas grandes, yuyos, tantos que no puedo ver el espinel. Estoy segura de haberlo dejado por acá, ahí está, muevo el remo izquierdo pa' delante, lo agarro, lo saco, el primer tacho nada, ni carnada, ¿a ver el otro?

Dicen los otros pescadores que viene una inundación grande. Que abrieron las compuertas río arriba y que el agua va a llegar a La Paz en estos días. Yo me doy cuenta porque hay mucho olor a camalote y está lleno, encima los que pasan son grandes como islas.

¡La puta!, no terminé el corral para la chancha que está por tener; lo voy a hacer más cerca del rancho, en la parte más alta pa' que no se inunde. El Bochi me trajo varas de sauce de la isla pero no tuve tiempo.

Acá hay algo, un paticito, quedó un poco de grasa allá en las casa así que este pa' mí, pa' comerlo frito con mi abuela; cómo tironea aquel, seguro hay uno grande, lo saco rápido, la tanza me corta los dedos, no ve', yo sabía, un surubí, este lo vendo, ya lo tengo encargado.

Busco un lugar pa' dejar la canoa y el Bochi me grita ¡Noya! y me hace seña con el brazo. Dejá tu canoa más allá, vi una raya y hay mucho barro. El Bochi es de acá de la costa, tiene unos trece o catorce años, uno menos que yo, me parece. Es un gurí lindo pero a mí no me gusta pa' coger porque es mi amigo.

Subo la canoa lo más que puedo en la arena. Ayudame a destripar que estoy apurada, me espera mi patrona después de la siesta pa' que limpee. ¡Dale!, me dice y agarra el cuchillo más chico, el bien filoso, en total son unos siete pescados. ¡Ya vinieron los perros, qué plaga! El Colita es marrón y tiene la cola cortada de chiquito, es mi amigo, mi compañía; el Manchi es agregado, va y viene, es negro y blanco y creo que es de los Lencina que viven por allá abajo del cementerio. ¡Dejen un poco de tripa pa' carnada che, juira!

Hay un pedazo de jabón en la canoa así que aprovecho y me baño, hace mucho calor pero el agua está linda, bien fresquita.

Llevamos todo pa' mi casa. Mi abuela no está, se ha ido a lo de mi tía, hace poco se ve, porque la tierra sigue húmeda en el piso de adentro y seguro estuvo baldeando. Tampoco está la chancha, seguro anda por los otros ranchos comiendo las sobras. Dejo la mugre afuera y cuelgo los pescados en la sombra hasta que los busque don Catorce, el pues- tero. Entro, y mientras como un pedacito de torta asada, agarro una tanga de la caja, un shorcito, una remerita y me cambio rápido porque ya se hace la hora de ir pa' mi trabajo. ¿Así te vas a ir?, me dice el Bochi. Voy en pata porque no tengo zapato jaja. Lo digo por ese short de puto, después no llorés si allá arriba te cagan a palo.

Hoy es el sexto día de la novena y en la Bajada de la Cruz se preparan para festejar el día de la Virgen de Lourdes, la patrona del barrio que cuida a los pes- cadores y congrega en estas fechas a cientos de personas de toda la ciudad. El evento principal se realiza el sábado al atardecer y la misa la da el padre Molaro, luego de la tradicional procesión náutica de canoas y lanchas que zarpan desde el puerto junto a la imagen de la virgen. El recorrido es hasta el rancharío donde los fieles la esperan y le tiran flores a su llegada, justo cuando el sol se pone.

Es una semana de mucho trabajo para don Alejandro y doña María, una pareja de ancianos en- cargados de mantener la capilla que está ahí, justo en la mitad de la bajada. La felicidad es por partida doble porque este año, por primera vez, don Alejandro Mendoza está autorizado por la iglesia para dar la ostia. Sin embargo, doña María guarda un secreto, su compasión la llevó, en varias ocasiones, a darle la ostia a escondidas a los borrachos, a los

putos del barrio y a todos los que el cura no quiere ni cerca de la capilla. También, a escondidas, separa ropa de mujer de las donaciones para los pobres muchachos, como ella les dice a las travestis de la costa.

Es de tarde y hace mucho calor, pero doña María ya preparó, por la mañana, un ramo de azucenas blancas y coronas de novia y helecho, todo de las plantas de su casa. También planchó la casulla y la estola que usará el padre Molaro el sábado. Y como le gusta pasar ratos sola en la capilla, se adelantó a don Alejandro y le dejó listo el sombrero de paja que él siempre usa, para cuando se levante de dormir la siesta.

Más tarde, doña María sale con su andar de siempre, inclinando el cuerpo más hacia un lado que hacia el otro, cargando el ramo, las ropas del cura y las donaciones. Una cuadra y media separan su casa de la capilla y cuando empieza a bajar la cuesta se cruza con la Noya, que sube agitada.

Hola mijo, ¿cómo anda, para dónde va tan rápido? Voy pa' mi trabajo, doña, no se olvide la ropita que me dijo la otra ve' que me iba a dar. No mi amor, no me olvidé, tengo un saquito hermoso para darte, es blanco y bien cortito tipo spencer, como los que te gustan a vos. ¡Ay, qué bueno doña! Voy apurada ahora pero a la vuelta paso, ¿hasta qué hora va a estar? Hasta la noche porque el sábado es la fiesta de la virgencita y estoy muy ocupada.

Subo rápido lo que me queda de la cuesta hasta llegar al asfalto que está re caliente y me quema las patas. No anda nadie en la calle por la calor, justo mi patrona quiere que le limpee temprano porque esta noche viene el macho de ella, el amante que tiene. Le anda haciendo falta plata pa'

pagarme lo que me debe y otras cuentas, espero que el tipo le pague. Dice que no me quiere contar quién es porque es casado y es cosa de ella.

Ya estoy cerca de la casa pero siento una frenada bien juerte. Es el auto de la policía. Bajan tres, uno me agarra y me azota contra la pared. ¿Adónde vas así vestido? Voy pa' mi trabajo. Subí, me dice y me señala el auto. Voy pa' mi trabajo che, ¿por qué me lleva? Los otros me agarran de los brazos. ¿Por qué me lleva? Te voy a dar yo a vos. Me dice y me encaja un sopapo.

La plaza de La Paz es linda, a mí siempre me gustó, pero mi papá no quería ir nunca porque decía que era pa' gente de plata. De chica me escapaba cuando íbamos a buscar fruta podrida pa' los chanchos en el mercado, que quedaba a una cuadra. Iba corriendo desde ahí hasta la iglesia y me cruzaba a jugar donde está la bandera y a veces toca la banda de los militares. Con otros gurises del mercado corríamos y dábamos toda la vuelta a la plaza entre las mesas de los bares y pedíamos monedas o algo pa' comer. Es la misma vuelta a la plaza que estoy dando ahora, pero esta vez en el auto de la policía.

¡Dale!, me dice uno de los policías y me baja ti- roneándose el brazo. Entrá, me dice el otro. El piso está frío y el policía no me suelta hasta meterme al calabozo, cierra con llave y se va. Está mojado aden- tro y ni pa' sentarse hay, así que me quedo parada. Escucho voces y risas pero no puedo ver quiénes son porque hay una pared. Al rato viene uno con un cuaderno y un lápiz. Dígame su nombre y su domicilio. José Claudio Villalba. ¿Dónde vive? En la ribera sin número. Anota en el cuaderno y se va.

Pasa un rato y sigo en el calabozo, mi patrona me debe estar esperando, pienso, hasta que un policía vuelve haciendo ruido con las llaves. Vamos, salí, el comisario quiere hablar

con vos. Me deja en la puerta, golpea y se va. El comisario abre y me dice que pase. Se saca el cinto que tiene el revólver y lo deja arriba de la mesa, se baja un poco el pantalón, me muestra la verga que ya la tiene parada y me dice chupala. Yo me arrodillo. No es la primera vez, el tipo me gusta, es grandote, morocho y tiene mucho pelo en el pecho y en la panza.

Estoy chupándosela un buen rato, se ve que le gusta porque cierra los ojos y goza. Después se para, corre un poco las cosas de la mesa y me hace acostar ahí, boca arriba; me agarra las piernas, se escupe la verga y empieza a cogerme patita al hombro mientras me pellizca las tetas. Acaba enseguida, se da vuelta rápido, se sube el calzoncillo y el pantalón, agarra el cinto con el revólver, lo estira y se lo envuelve en la cintura. Tira bien juerte y lo abrocha tanto que la panza se le salta. Bueno, ahora andate, y no te hagás el loco porque te vamos a meter preso de nuevo. Camino rápido, aprovechando que no hay ningún policía, hasta que llego a la puerta y salgo corriendo.

¡Mirá la hora que venís! ¿A vos te parece? Buscame el quitaesmalte del baño. Como no venías me empecé a pintar las uñas sola y me hice un desastre. En el baño no está, ¿no lo habrá dejado en otro lado? Capaz no queda más, hay una botella de alcohol ahí. Traé también el paquete de algodón de mi ropero.

La Marta, mi patrona, es puntera de los políticos y los lleva a la ribera pa' que hablemos con ellos. Le da bolsones de comida a mi abuela y algunas chapas de cartón pa' las casa, de ahí la conozco. También es amiga de otras patronas que tengo; siempre anda con problemas y metida en puteríos.

Ahí salió todo, ¿no ve'? ¡Cómo no me esperó! Si yo le digo que vengo, vengo. Es que ando desesperada por plata y me pongo muy nerviosa, me van a embargar todo si no pago la cuota de la casa, encima te debo a vos y a todo el mundo. ¿Y no me dijo que venía el de la camioneta hoy? Sí, por eso quería que esté un poco ordenado acá, que es una mugre. Y bueno, usté no limpea nunca, siempre espera hasta que yo venga y la casa no se limpea sola. Callate y fijate si hay sábanas limpias y cambialas. Che, ¿es verdad que toca La Nueva Luna el sábado ahí en la fiesta de la virgencita? Sí, ¿ta' con ganas de ir? ¿Vos vas? Ma' vale.

Cambio las sábanas, trapeo todo con lavandina y ventilo un poco aunque no corre una gota de aire. Después prendo los ventiladores pa' que se seque rá- pido porque ya se está haciendo nochecita y no falta mucho pa' que venga el de la camioneta. Bueno, Marta, demasiado por hoy, ya quedó todo bien limpito. Bueno, José, no sé qué haría sin vos. Claudia, me gusta que me llame Claudia, mi segundo nombre. Bueno, Claudia, tomá, no me alcanza para pagarte todo lo que te debo pero ahí también te doy un paquete de arroz y unos fideos. Ah pará, la otra vez encontré las cartas que se te habían perdido. Menos mal porque si se enteraba mi abuela me iba a matar, si son de ella. Bueno, de paso si tenés ganas me podés tirar a ver qué me sale. Tengo que estar preparada, Marta, no es así nomás. Bueno dale aunque sea una. Elija. Bueno. Timbú el desagradecido, le tocó. ¿Y qué es eso? Por lo que veo acá hay una traición.

¿Y quién me va a traicionar? Acá veo que usté va a traicionar a alguien de sangre, de su familia. No hablés al pedo, dejá de inventar. Y bueno, ¿pa' qué me dice que le tire si no me cree? Seguro a mi hermana la voy a traicionar, la quiero porque es mi hermana pero es una hija de puta, vive hablando mal de mí con las otras que vienen y me cuentan. Andá, yo nomás te creo esas brujerías.

La otra ve' perdí unas cartas y las encontró mi patrona. Son cartas viejas de cuero de curiyú dibujadas con tintas de colores para adivinar el futuro. Yo las saco de mi casa sin permiso porque dicen que adivinar e' cosa de adá, que quiere decir mujer en lengua chaná.

Mi abuela e' adá oiendé. Mujer chaná que guarda la memoria y la lengua. Antonia se llama pero todos le dicen Tona. Ella me crió porque yo soy acué biadá, sin madre. Tiene el pelo negro y se lo ata con dos broches a los costados. Una ve' me contó que cuando era chica la madre la peinaba con peines hechos con espinas de pescao. Siempre dice cosas lindas de mí con las otras viejas: que me enseñó a nadar antes que a caminar, que tengo los ojos lindos como mi mamá, que no le gustaría morirse nunca pa' cuidarme toda la vida. Hoy no la vi en todo el día, espero haya en-contrado el patí que le dejé pa' comé frito.

Ya estoy cerca de la bajada, llevo la plata y la comida que me dio mi patrona. Hermoso se ve el río de acá arriba, espero llegar pa' darmel una zambullida, pero antes voy a buscar el saquito que me dijo doña María, así me lo pongo pa'l baile del sábado.

¡Puto, puto de mierda!, escucho un grito pero no me doy güelta. ¡Puto!, a vos te hablo. Es la hija de los dotores que siempre me quiere judear. ¡Andá, puta de mierda! ¿Quién te creé que so'? ¡Puto, puto, puto! me sigue gritando. ¡Yo seré puto pero lo que a vo' te sacaron con un aborto yo me lo saco con agua y jabón, jaja!

Yo sabía lo que decía. La Mecha, mi amiga, era la piona de los dotores y me contó que una ve' la mandaron a buscar espina de palo borracho pa' hacerle un té a la nena que estaba preñada. ¡Puto de mierda! ¡Ahora le voy a decir a mis hermanos que te caguen a trompadas! Se mete pa' la casa, yo agarro todo bien juerte y salgo disparando pa'l lao del río. Ya una ve' me agarraron a chirlos con una rama los hermanos, así que si los veo me voy pa' otro lao.

Llego rápido al rancho, de ajuera veo las velas prendidas así que mi abuela ya está. Hola, Tona. Hola, mijo, ¿dónde andaba? ¿Qué le pasó en la pata? Me corté porque bajé corriendo la cuesta, seguro una piedra filosa. Me agarra la pata y la besa. Después la lava con agua de la palangana. Me seca y me hace unos rezos de esos que hace ella en chaná y que yo no entiendo. Cuidesé, mijo, mire que está bravo allá arriba. Saca unas frutas de pisingallo de entre las plantas, las aplasta con las manos y me las pasa en la herida. Ya se le va a curar.

Mire Tona, encontré sus cartas, estaban por ahí nomá. No me cree, me las manotea y las esconde. ¡Guacho de mierda! Ya le dije que esto es cosa de mujeres. ¡Y yo qué tengo que ve', usté las perdió! Vení que ya va estar el pescao. Me olvidé de pasar por la capilla. Me iban a dar una ropa. Vaya mañana, ahora vamo a comé y después hay que atar la chancha. No falta mucho pa' que tenga y si tiene me van a robar los lechones que ya están todos vendidos.

II

EL CÉSAR

Me llamo César y este año terminé la escuela primaria. Ahora estoy de vacaciones y duermo todo lo que puedo, más o menos hasta que escucho la música del programa de Mirtha Legrand que viene del comedor. Vivo con mi abuela, que se pasa la mañana cocinando y mirando tele. Para mí ella siempre fue vieja, usa batones y huele a agua de colonia. A veces se pone talco en el cuello para no transpirar, dice. Mi mamá cuando anda loca me grita, por eso mi abuela me llevó a su casa, la casa que está a media cuadra de donde empieza la Bajada de la Cruz. Abajo está el río, el muelle de los silos y el cacal donde siempre mojarreamos.

Hoy mi abuela entró a la pieza temprano don- de dormimos ella y yo. Levantate y ayudame, la gata tuvo gatitos, dijo y me sacó la sábana. Me levanté, me puse un short de los de básquet y la seguí hasta el galponcito. La gata estaba tirada boca arriba con todos los gatitos prendidos de las tetas, nos miró e hizo gestos de confianza con los dientes y las uñas.

Mi abuela tenía en la mano una de esas bolsas de arpillería marrones que le traen del campo. Empezó a destetar uno por uno los gatitos y los metió en la bolsa. Cuando no quedó ninguno me dijo vamos. ¿Adónde? Hasta el río, pero calzate. No, yo voy así nomás, en pata. Esperá, abuela, que me olvidé algo. Le dije mientras ella salía para afuera con la bolsa llena de gatos. Entré rápido y agarré el mojarrero. Me fui hasta la cocina y corté unos pedacitos del mondongo que mi abuela estaba cocinando para el mediodía. Metí todo en una bolsa, agarré un baldecito y salí. Dejá de hacerme esperar que estoy apurada, estás en la edad del pavo vos, vamos. Bajamos rápido. Mi abuela con paso firme y agarrando fuerte la bolsa. Yo atrás. Pará que me olví- dé la plata. Ah no, cierto que la tengo acá, me dijo, mientras se metía la mano en el corpiño y sacaba un bollito. Ya estoy vieja, me anda fallando la memoria.

Llegamos a la costa, caminamos para el lado de la curtiembre y pasamos por el cacal. Mi abuela me dijo esperame acá y yo la seguí con la mirada mientras agarraba el mondongo para encarnar. No se fue muy lejos, ahí nomás cerquita, revoleó la bolsa con los gatos para el medio del río. Hasta que la bolsa se hundió vi que salieron algunos, les vi la cabeza mientras la corriente los llevaba y los desaparecía.

El cacal es el mejor lugar para mojarrear; ahí pi- can pupús, cascarudos, tarjetitas, palometas atigradas y viejas del agua. También los bagres y los doraditos bebé que no sirven para mis peceras; tengo dos en mi casa, hechas con frascos grandes de mayonesa.

Para llegar hasta el cacal desde la costa hay que meter las patas en el barro y pasar entre camalotes, unos cuatro o cinco pasos largos. Es como un tacho bien grande con una tapa que queda en la superficie y dice Municipalidad de La Paz. Cuando ya estoy parado arriba espero el ruido del agua que sale de adentro. Es como el ruido del inodoro cuando tirás la cadena. El tacho rebalsa y sale agua por los costados de la tapa con la fuerza de un sifón. Agua con caca. Ahí se llena de pescaditos de los más exóticos.

¡Che!, me grita mi abuela desde la costa. ¡Me voy hasta lo de la Tona, quedate acá! Ella conoce a mu- chas mujeres de la costa, siempre la saludan y charlan cuando pasan por su casa. Cuando llega a lo de la Tona, mi abuela abre el portón hecho con un respaldo de cama viejo, entra, se para abajo de la sombra de un árbol y golpea las manos. ¡Tona!, le grita fuerte. La Tona, desde adentro, asoma la mitad de la cara para ver quién es, tiene el toscano que fuma siempre en la boca, lo agarra con la mano, se apoya en la ventanita de la casa y la saluda soltando el humo. ¿Cómo andás, Ofelia? Bien, ¿y vos cómo andás de tus dolores? Ma' o meno noma', algunos trabajos de lavandera tengo todavía y viste que lavo en el río arrodillada... Vengo a comprarte una o dos gallinas, con este calor está lindo para comer salpicón y viste que al César le gusta. Te puedo hacer dos por cinco pesos. Mi abuela saca la plata del corpiño y se la da.

La Tona va hasta el gallinero, ata dos gallinas de las patas y se las trae. Tona, te voy a pedir un favor, ¿me lo prestás al Noyita para que me ayude con la limpieza? Sí, Ofelia, pero te lo encargo porque vis- te que yo demás lo cuido y me lo judean allá arriba. Quedate tranquila, querida.

En el baldecito ya tengo los pescados que quiero; voy a hacer una pecera con palometas atigradas y la otra con pescaditos variados; no los mezclo por- que las palometas se comen a los otros. Junto todo y salgo para la costa, miro para lo de la Tona y la veo a mi abuela que viene con una gallina en cada mano y con uno de los putos que se juntan en la terminal. Vamos,

me dice haciendo una seña con la cabeza. Él es el nieto de la Tona, este es el César, mi nieto, nos presenta.

A la Noya y a los otros putos los conozco de la terminal. Desde que empezaron a gustarme los hombres voy ahí escapado; entro al baño a ver tipos meando, a mirarles la verga y los pelos que a mí todavía no me salen. A veces alguno me hace seña para entrar donde se caga pero yo no me animo y me voy. Todavía soy chico para andar con grandes. El olor a desinfectante mezclado con meada y caca, los hombres entrando y saliendo; afuera los colectivos, las despedidas, los kioscos, los empleados pasando el escobillón con aserrín y kerosene, los bares, la heladería y la esquina donde todos se juntan: los borrachos, las putas, los putos, las carcajadas, los gritos, la policía, las corridas. Me gusta todo eso, en el verano ando hasta tarde, de noche, a veces mi abuela me grita de la otra esquina. ¡César, vamos! Y la sigo hasta la casa. Cuando llegamos del río me pongo a llenar dos ollas con agua del piletón y lavo los frascos para las peceras. La Noya se pone a cargar el balde con el trapo de piso y lavandina, tiene gotitas de transpiración arriba del labio y también en la frente que se seca con el brazo. Empiezo a poner piedras y caracoles en el fondo de los frascos, después el agua y los pescados. Mientras pasa el trapo de piso, la Noya me dice ¡a ver!, para que me corra o levante las patas. Mi abuela hiere el agua y trae las gallinas. Siento el viento de los aleteos. Pone las cabezas en la tabla y les encaja un machetazo. Ayudame a echarles el agua hirviendo mientras yo las desplumo. Comemos los tres juntos. No es muy de hablar mi abuela, siempre está seria en la mesa y mastica mirando lejos, como pensando. Nosotros terminamos y ella sigue. Vayan que yo como despacio, dice.

Me tiro en la cama un rato antes de ir al río de nuevo a bañarme. Va mucha gente ahí, Sausalito se llama el balneario y en verano se llena. La gente se amontona sentada en la arena y mete las patas en el agua. Me gusta el olor a bronceador que hay. Yo no me pongo porque mi abuela dice que esos aceites te fritan. Ella me mandó de chiquito al río a que aprenda a nadar, tenía miedo de que me ahogue cuando me le escapaba.

Me despiertan el calor y los ronquidos de mi abuela. Salgo despacio para no despertarla y afuera está la Noya sentada en la puerta mirando la gente que va para el balneario. Había sacado campanitas azules de la enredadera y se las puso en los dedos como si fueran uñas. Cuando me ve salir me muestra las manos moviéndolas y me pregunta si soy puto. Le hago un gesto con los hombros y la boca, como diciendo no sé. ¿Vas pa'l río?, me dice y nos vamos.

Estuve muchas veces con el nieto de unos rusos que son vecinos de la casa de mi abuela. Se llama Da- nilo y tiene mi edad, pero va a la escuela y trabaja en el campo. Tiene el pelo chuzo debajo de una boina que nunca se saca, anda siempre en bombacha, alpargatas y en cuero o con camisas apretadas con olor a chivo en los sobacos. Cuando viene a visitar a sus abuelos nos encontramos. Pasa por un hueco del alambrado y nos escondemos en el galponcito mirando que no venga nadie. Entonces empezamos a besarnos. Después nos sacamos la ropa y nos tocamos, nos excitamos. Nos agarramos con fuerza y nos mordemos los cuerpos que arden. Hasta que salimos indiferentes, con la piel enrojecida y sin mirarnos. No le iba a contar eso a la Noya, si ni lo conoce al Danilo.

Cuando llegamos abajo corremos para el agua porque la arena nos quema las patas. La gente em- pieza a mirarnos y a reírse. La Noya se mete al río de remera y con el short bien

cavado. Tiene los pe- los teñidos con agua oxigenada que encontró en el baño de mi casa. ¡Puto!, le gritan algunos, pero ni le importa porque ya está acostumbrada. Nadamos para el lado del lanchón hundido y nos sentamos en unos de los fierros oxidados que quedan afuera, en la superficie. De ahí vemos todo lo que pasa. Hay otros que se paran en los fierros del lanchón y se tiran clavados.

El sol se refleja dorado en el río, hay bullicio, música, carcajadas. Vení pa' acá, cuidado con aquella que es más peligrosa que Pete de epiléptica, me dice la Noya por otro puto que anda por ahí. Nos reímos y nos quedamos en el río hasta que el sol se hunde en el horizonte como una brasa. Ya tenemos los dedos de las manos arrugados de tanto estar en el agua.

Me voy para mi casa porque ya es tarde. Le digo y salgo para la costa.

Mañana es la procesión de la virgen de Lourdes, yo voy en mi canoa, ¿quere' que vamo'? , me pregunta la Noya. Bueno, le contesto.

III

LA NOYA, EL CÉSAR Y LA VIRGEN DE LOURDES

Nuestra Señora de Lourdes, no nos desampares, ruega por nosotros, otórganos tus favores, presérvanos del mal y danos tu milagroso auxilio, para todos los que sufrimos enfermedad. Amén.

Artritis, cáncer, asma, diabetes y todas las enfermedades cura la virgencita. El 11 de febrero es su día, hace mucho calor y desde muy temprano la gente forma una cola tan larga que pasa por adelante de la casa de la abuela del César. Viene gente del centro, de los barrios, del campo, de

Ombú, de Estacas, de Paso Telégrafo. Correntinos de Esquina, de Goya, de Sauce. Los colectivos llegan repletos y la terminal se prepara para un gran día de ventas. Hay puestos ambulantes de estampitas, rosarios, velas, pastelitos, girasol y hasta de pan casero con chicharrón.

Doña María y don Alejandro ya están en la capilla, a las ocho de la mañana abrieron las puertas para que la gente pase. La virgen ya está preparada con flores del mismo color del manto: jazmines del cielo, rosas blancas y helecho planchado, todo acomodado sobre un tul blanco formando una nube a sus pies, un tul que era la cola del vestido de novia de Marta que lo ha donado para la ocasión y le ha pedido a la virgencita, a cambio, que le solucione los problemas de plata. Marta es la mamá de César y lo ha comprometido con el padre Molaro para que ese día sea monaguillo.

¡Ave, ave, ave María!, siento el canto desde la calle adentro de la pieza. César, levantate que ya está la comida, no te olvidés que tu madre va a pasar a la siesta para llevarte con el padre Molaro. ¡Que me deje de joder! Si no estás listo para cuando venga sabés que se la agarra conmigo.

Nos sentamos a comer salpicón con gallina, papas, aceitunas y mayonesa. Qué cantidad de gente ahí afuera, con este calor, no tienen nada que hacer estos abombados, dice mi abuela, mientras le echa soda al vaso con vino. Como dos platos grandes porque es mi comida preferida y tomo un vaso de jugo de pomelo. Terminé. Bueno, pegate un baño y ponete la ropa que te dejé preparada, que en cualquier momento viene tu madre.

Me hago el que me voy para el baño y cuando mi abuela no me ve, salgo corriendo para el lado del río.

En la costa ya tenemos las canoas preparadas pa' la procesión. Hicimos banderines y guirnaldas con papel de revista que nos dieron en la capilla. Mi canoa es chica. La pinté como las otras canoas de colores verde y rojo. Remo con una pala carpinchera hecha con caña de tacuara, madera de paraíso y ador- nos hechos con plumas de gallina, retazos de tela y collares que me dieron mis patronas.

En la entrada de la bajada, bien cerquita de la cruz, están todos de fiesta. Hay mucha gente, humo y olor a comida. Están haciendo la vaquilla que trajo un diputado y le dan un pedazo de asado con cuero a cada pescador pa' que comparta con su familia en el rancho. Estoy en la fila con un plato y cuando el político me da mi pedazo le agradezco y lo llevo pa' comerlo con la Tona. Camino unos metros y lo veo al César que baja corriendo. ¡Che!, le grito y le muevo la mano pa' todos lao. ¡Vinite! Sí, me escapé porque mi mamá quiere que vaya de monaguillo con el cura. Esa Marta, que se dejé de jodé. ¿La conocés a mi mamá? Pero claro, si yo le limpeo la casa, como a tu abuela.

Se van para el rancho de la Noya. La Tona está esperando en la entrada con el toscano en la boca y los brazos en la cintura.

Abuela, el e' el César, el nieto de la Ofelia. Pase mijo, va comé un poquito de asado con nosotro'. No, doña, ya comí, gracias. Y espera afuera del rancho jugando con los perros en la sombra de un sauce. Al rato sale la Noya con algo escondido entre las manos y se le sienta al lado. Sacá una, le dice y le muestra las cartas de su abuela. ¿Y eso? Sacá, yo sé lo que te digo. César elige una carta con la figura de un hombre con cabeza de loro dibujada en uno de los lados. Diní Lanté, el pájaro hablador, te tocó. ¿Y qué es eso? Yo veo que en tu vida va se'... ¡e' difícil eta eh!, como que va se' libre, va podé hablá y volá a la ve'. César se ríe. Dejá de hablar, le dice. Vamos para el puerto que ya las canoas se están yendo.

Se van remando río arriba por la costa. El camalotal que estuvo trayendo la creciente ya tapó el muelle bajo del puerto y se mueve con las olas que hacen las lanchas llenas de gente. Hay humareda, ruido y olor a los motores de las embarcaciones que se mezclan con el olor del río. La Noya va parada en la parte de atrás de su canoa y rema con fuerza. Lleva puesto el saquito blanco que le dio doña María y un shorcito de jean, los pelos platinados le brillan con el sol de la tarde; en la punta de la canoa van el Colita y el Manchi, y en el medio, sentado y agarrado de las correderas, César.

Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea, pues todo un Dios se recrea, en tan graciosa belleza. A ti celestial princesa... rezan mientras bajan la virgen de una camioneta para subirla a la lancha de prefectura. Cuando está todo el cortejo preparado: la virgen sobre el techo de la lancha, el prefecto, las autoridades paceñas, las lanchas, las canoas y algunos barcos jaula de los que llevan y traen vacas de la isla, hace su aparición el cura Molaro, con la casulla verde bordada con hilos dorados y el incensario de plata listo para ser prendido al momento de arrancar la procesión náutica.

¡Mire, me puse el saquito blanco!, le grita desde su canoa a doña María. La mujer le hace una seña abriendo grandes los ojos como para que se calle, porque la lancha de la prefectura ya está en marcha. Vamos, remá, le dice César. La Noya se saca el short y lo tira adentro de la canoa, se queda en tanga y con el saquito. Entonces empieza a remar con la pala carpinchera decorada de todos los colores. Pará que remo bien juerte así vamos bien cerca de la virgencita. ¡Dale, loca, remá! Ja ja.

El padre Molaro va adelante de todos en la lancha moviendo el incensario ya prendido, hasta que la ve en tanga y frunce el ceño con rabia. ¡Mirá cómo nos mira el cura, ja ja! ¡Qué mirá así, boludo!, le grita la Noya y le señala el humo del incienso. ¿No ve' que se te quema la cartera? Ja ja.

De ahí en más, y hasta llegar a la Bajada de la Cruz, el destino final de la procesión, son sólo miedadas inquisidoras, insultos y burlas; incluso Marta, que está en una lancha con unas amigas, lo ve a César y con la mirada parece decirle no sabés la que te espera.

IV

LA NUEVA LUNA

Les quiero contar, que yo estoy hablando de una nueva luna que en el cielo brillando está. Pero si ya saben de lo que les hablo, ahora todos van a cantar, vamos a cantar, todos a cantar... Iluminará, iluminará... Me encanta este tema, dale César, bailá, dame la mano. No me des tantas vueltas que me mareo ja ja. Iluminará la nueva, iluminará, eso eh eh eh...

Ya es de noche y la ceremonia religiosa se terminó. El baile está a pleno, todos bailan y varios ya están borrachos. La Noya y el César dan vueltas en un círculo que se armó en la arena con el amontonamiento de gente. Hay una cantina con mesas, sillas y familias sentadas

escuchando el recital. En una de las vueltas, la Noya lo ve al comisario sentado bien adelante, con los hijos, uno es un bebé en los brazos de una mujer. Ahora va ve' este braguetudo lo que e' meterse conmigo. Vamo, César.

Se alejan de la gente y se van para el río. ¿Qué decís? Ese hijo de puta me las va pagá. Le voy a hacer un gualicho. Lo voy a dejá enamorado de mí pa' toda la vida. ¿Qué vas a hacer? Teneme el short y esperame. Se mete en el río hasta las rodillas, se saca la tanga, se la pasa por el culo limpiándoselo y la mete en el agua. No sabés el poder que tienen tres gotitas de esto en un vaso de vino, dice la Noya abriendo los ojos mientras aprieta la tanga fuerte con la mano. Vamo de nuevo, acompañañame.

Salí a caminar una noche hermosa pero de repente se quedó sin luz la ciudad, en ese momento se ilu- minó todo y la gente empezó a delirar, enloquecerá, enloquecerá...

Se meten de nuevo en el baile y empiezan a dar vueltas con la gente hasta que encuentran a la mujer del comisario sola, dándole la teta al bebé. Vamo ahora, vo' tapame. Se arriman a la mesa.

¿Está ocupada esta silla, señora?, dice César mientras la Noya echa unas gotas del agua de tanga en el vaso. ¡Se van de acá, yo a los putos no los quiero ni cerca!, les grita la mujer. ¡Qué te pasa, puta, dedicate a darle la teta al gurí y soltá el macho!, le responde la Noya y se meten de nuevo en la multitud del baile.

Iluminará, iluminará, iluminará la nueva, iluminará... canta la Noya extasiada, mientras ve que el comisario se toma el vaso de vino con la mujer gritándole al lado.

¿Qué hiciste, querido? Te anda buscando la policía, le dice doña María.

Escondete en la capilla donde ya sabés. Y vos César, mandate a mudar para tu casa. Salen los dos corriendo, suben la cuesta y recién en la capilla paran porque les falta el aire. La pasamo

lindo hoy, a ve' si no' vemo'. César sube corriendo hasta su casa, entra sin hacer ruido y se mete despacio en la pieza donde su abuela ya está durmiendo.

¿Dónde está ese guacho? ¡Lo voy a matar!, gri- ta Marta. No vengás acá a joder, que la criatura está durmiendo, le responde Ofelia. Para mandarse las ca- gadas que se manda no es tan criatura, despertalo o lo despierto yo y sabés que eso es peor. Acá no vengás a hacerte la mala que esta no es tu casa. Ya decidí con el padre Molaro, se va a ir al internado de Santa Elena a empezar la secundaria. Vos lo malcriás y yo quiero que se arregle, que se haga hombre. Mañana ya empiezan las clases. Si me hacés eso me vas a matar, es como un hijo para mí. Ya está decidido, despertalo y decile que el colectivo para Santa Elena sale a las siete y media.

¿Qué hiciste? Despertate, ahí vino tu madre enojada. Andá a la despensa a comprar un jugo que vamos a comer, te tengo que decir algo. ¿Qué cosa? Cuando vuelvas te digo. Decime ahora o no voy ni

mierda. Tu mamá quiere que vayas a internarte al colegio a Santa Elena, esta tarde te va a buscar para llevarte. Y aunque intenta hacerse la fuerte, Ofelia se larga a llorar.

¿A qué hora vino, mijo? No lo escuché, taba re juerte la música toda la noche, qué hincha pelota que son. No me acuerdo, Tona, ya era tarde. ¿Qué hora e'?, me duele la cabeza. Levántese, vaya hasta la des- pensa a comprarme un vino y venga rápido que ya va a estar la comida.

La Noya llega a la despensa y se encuentra con César que sale con una botella de jugo y una bolsa de pan. ¿Qué hacé? Estuvo lindo el baile vite, ¿vamo al río a la tarde, queré? No puedo, voy a ir al inter- nado de los curas en Santa Elena y tengo que tomar el colectivo. Yo iba a la escuela San Martín pero me judeaban y la maestra no decía nada, entonces no fui más. Yo no quiero ir pero me obligan.

Ya es mediodía y comen con sus abuelas. Ofelia cocinó unas milanesas de cabos de acelga y arroz con mayonesa. Está seria y con cara de mucha bronca. Qué rico, abuela, andá a saber lo que voy a comer en Santa Elena. No me hagás enojar más de lo que estoy, cuando terminés de comer te voy a revisar la cabeza

a ver si tenés piojos. Después dormite un rato la sies- ta mientras te armo el bolso, hasta que te busque tu madre.

La Tona cocinó un guiso de gallina con arroz. Si quiere otro poquito en la olla hay más. ¿Te pasa algo a vo'? Es que me hice amiga del hijo de la Marta y ahora lo va mandá a un internado. Usté no se meta, cada uno cría su hijo como puede. Te cuento nomá, pasa que yo le tiré las cartas a la Marta la otra ve' y le salió Timbú, el desagradecido. La Tona se para de la mesa, enojada. Ya le dije que no ande tirando, eso es cosa de mujeres. Termine de comer y recorra el espinal que no hay un mango acá.

La Noya saca las cartas de donde las guarda la Tona y las pone en la mesa. ¡Tiremé! ¡No, señor! ¡La última ve' y no le pido nunca ma'! Resignada, la Tona mezcla y le hace sacar una. Ocó Ugaratá, tiempo de luna, le tocó. Siempre me sale la misma, ¿me va a decí esta ve' qué quiere decí, o se va a que- dá callada como siempre? La Tona se queda callada y se acerca a la ventanita del rancho, mirando el río. Se queda así un buen rato y

la ve a la Noya irse para donde deja la canoa. Los chanás tienen gran temor por la noche. La predicción dice que su nieto va a morir joven.

Cuando seas grande me vas a agradecer, dice Marta, mientras César se despide con un abrazo de su abuela, que se queda mirándolo con lágrimas en los ojos hasta que dobla la esquina con el bolso que ella le preparó. Los domingos a la tardecita, la terminal de La Paz se llena de gente. Es un pueblo chico en el que la mayoría siempre se está yendo. Cuando entra el colectivo de Malerva que va a Santa Elena, Marta quiere abrazarlo pero él la saca de un empujón. Ella intenta darle una estampita de monseñor Escrivá de Balaguer para que le rece. Para cuando te sientas solo, le dice. Él la agarra, la rompe y se sube al colectivo. ¿Por qué la rompés? Dios te va a castigar.

Marta se acerca a la ventana del colectivo donde está sentado César y le golpea el vidrio con las uñas, para saludarlo, pero él ni la mira. El colectivo arranca, deja atrás la terminal, pasa por el correo, por el kiosco del Torta, dobla para el lado de la cancha de Unión y no para hasta el arco de acceso donde sube más gente. Después sale a la ruta.

Ya se está haciendo de noche y el cielo de ese atardecer es un cielo conocido para César. Entonces gira la cabeza para todos lados, buscándola desde la ventanilla, y la encuentra: la luna nueva, hermosa, finita como una sonrisa. Ofelia le había enseñado un ritual; mirando la luna nueva de fren- te, decile “buenas noches, señora luna” y repetilo tres veces. Después, poniendo las manos en el pecho y estirándolas como una ofrenda, le decís “tomá mi fuerza, dame tu fuerza” y repetís seis veces. Hace el ritual. Después se queda mirando la luna hasta que el colectivo frena en la entrada de la estancia San Juan.

Sube alguien más al colectivo que busca un asiento libre. ¿Está ocupado este asiento?, dice Danilo, el nieto de los rusos del campo. No, sentate, le contesta César. ¿A qué vas a Santa Elena? Voy a estudiar en el Torres Vilches, internado. Entonces vamos a ir juntos, porque yo también empiezo ahí mañana... Y mientras el colectivo pasa por El Quebracho, los tienta el deseo de siempre, Danilo se fija que nadie esté viendo, le pasa el brazo por atrás del cuello y le da un beso, un beso de lengua.

Tres amarillitos y un patí, nada que ve' con lo que saqué el otro día. Ayer con lo de la Virgencita estuvo movido el río y seguro se jueron a la mierda los pescao, mejor si vuelvo pa' que no me agarre la noche.

Hay una brisa cálida y desde la costa, el río Para- ná es un espectáculo; el sol está escondido y la silueta de la Noya y su canoa se recortan con el cielo, que varía entre naranjas y rojos. Los mosquitos y los insectos de la noche empiezan a hacerse notar con sus ruidos y sus picaduras. Entonces la Noya ve que alguien le hace señas desde la costa. ¡Volvé que ya está escureciendo!, le grita el Bochi. Ahí voy che, no e' pa' tanto, pará que termine de juntá el espinel.

Le quedan dos tachos por juntar. Uno tironea contra la corriente. Ahí hay uno grande, seguro, piensa la Noya. Se afirma y hace fuerza. ¡Es bien grande el hijo 'e puta, cómo pelea, me va a dar güelta la canoa! Siguen peleando hasta que lo ve, es un dorado hermoso, como de diez kilos, nunca había sacado uno con el espinel. Empieza a enrollar la tanza mientras el pescado se resiste hasta que lo tiene cerca y con un gancho le clava un chuzazo.

Con las últimas luces del atardecer, se sienta en su canoa y acomoda las cosas para volver, pero antes agarra el dorado y mirando para el lado de La Paz lo abraza fuerte, como un trofeo. Ya están algunas luces prendidas en el pueblo, las del muelle de los silos, las del balneario viejo, las del faro, las de la iglesia, las del puerto.